

MATADEPERA

Matadepera se emplaza al sur de la sierra de Sant Llorenç del Munt. Su término engloba el núcleo urbano principal y varias urbanizaciones y masías, así como el monasterio de Sant Llorenç del Munt, alzado en la cima del monte homónimo, y la capilla de Santa Agnès. La primera mención documental se localiza en el año 959, cuando pertenecía al término del castillo de Terrassa. A principios del siglo XI, los condes de Barcelona donaron el alodio de Matadepera a Sant Llorenç del Munt, aunque posteriormente pasó a ser de jurisdicción real. La primera parroquia del municipio, dedicada a san Juan y situada a la derecha de la riera de les Arenes, está documentada desde el siglo XI. A principios del siglo XX se edificó una nueva iglesia en el lugar donde se encuentra ubicado el municipio actualmente, trasladándose allí la sede parroquial.

Monasterio de Sant Llorenç del Munt

EL MONASTERIO DE SANT LLORENÇ DEL MUNT se halla en un emplazamiento singular, en la misma cima del macizo montañoso homónimo, dentro del Parc Natural de Sant Llorenç del Munt i de l'Obac, dominando la comarca del Vallès Occidental, sobre la ciudad de Terrassa, ...*coenobii S. Laurentii in cacumine montis super Tarraciam siti...*, consta claramente en el acta de consagración de su iglesia el año 1064.

El acceso a la cima se efectúa exclusivamente a pie, en una ascensión cómoda, que no llega a una hora, desde Can Pobla, casa a la que se llega desde el km 7 de la carretera de Terrassa a Mura por el Coll d'Estenalles (BV-122).

Las primeras referencias documentales se remontan al año 947, cuando se cita la iglesia de Sant Llorenç, con sus altares (o capillas) de san Lorenzo, santa María y san Miguel,

Vista general del conjunto



y sus ...*servientes*... Esta referencia a unos ...*servientes*... plantea la duda de si las iglesias existentes hacia la mitad del siglo X formaban una casa monástica, o bien se trata de eremitas, agrupados alrededor de la iglesia de Sant Llorenç.

La posibilidad de un origen eremítico del culto monástico en la cima de Sant Llorenç, del mismo tipo que el que se produce en Montserrat, tiene fundamento por la estructura geológica del macizo, con numerosas cuevas y abrigos, en los que se han localizado indicios de ocupación humana desde épocas muy remotas, y enterramientos de época romana y tardoantigua, e incluso hay evidencias de ocupación en el emplazamiento del monasterio, al menos desde época ibérica, con una posible continuidad hasta época tardo-antigua y medieval.

El establecimiento de una primera comunidad monástica en Sant Llorenç se produce alrededor del año 975, cuando el conde Borrell II de Barcelona vende las iglesias de la montaña de Sant Llorenç al abad Joan del monasterio de Sant Cugat

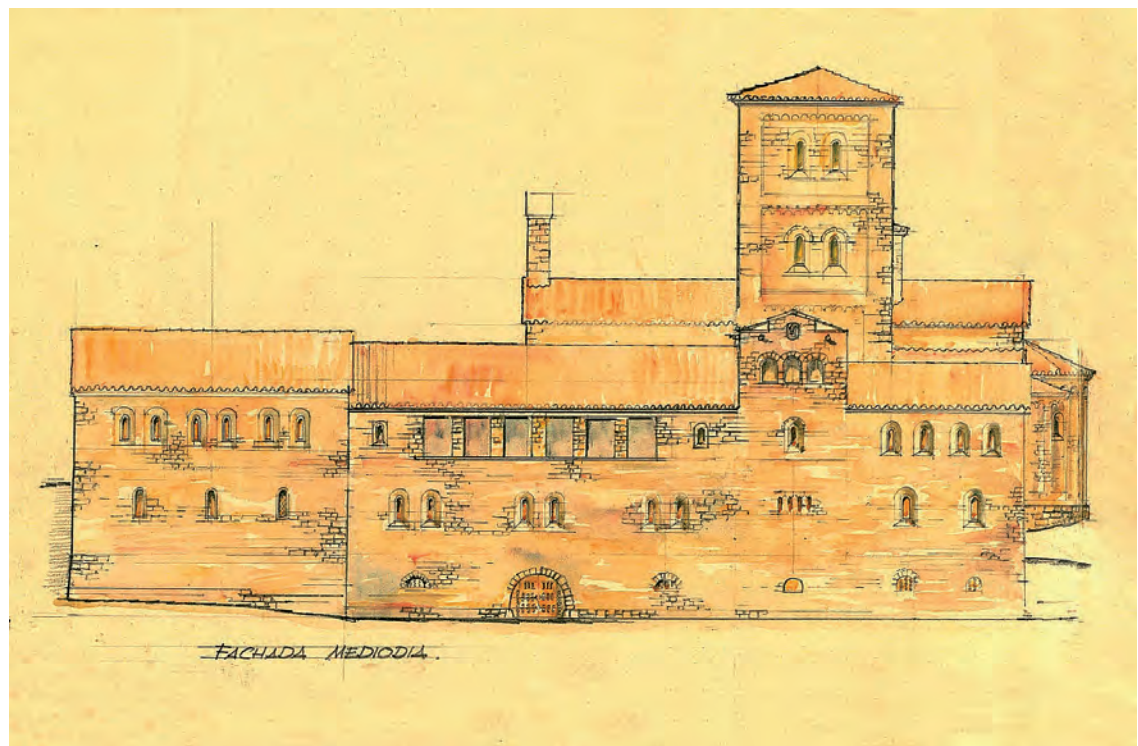
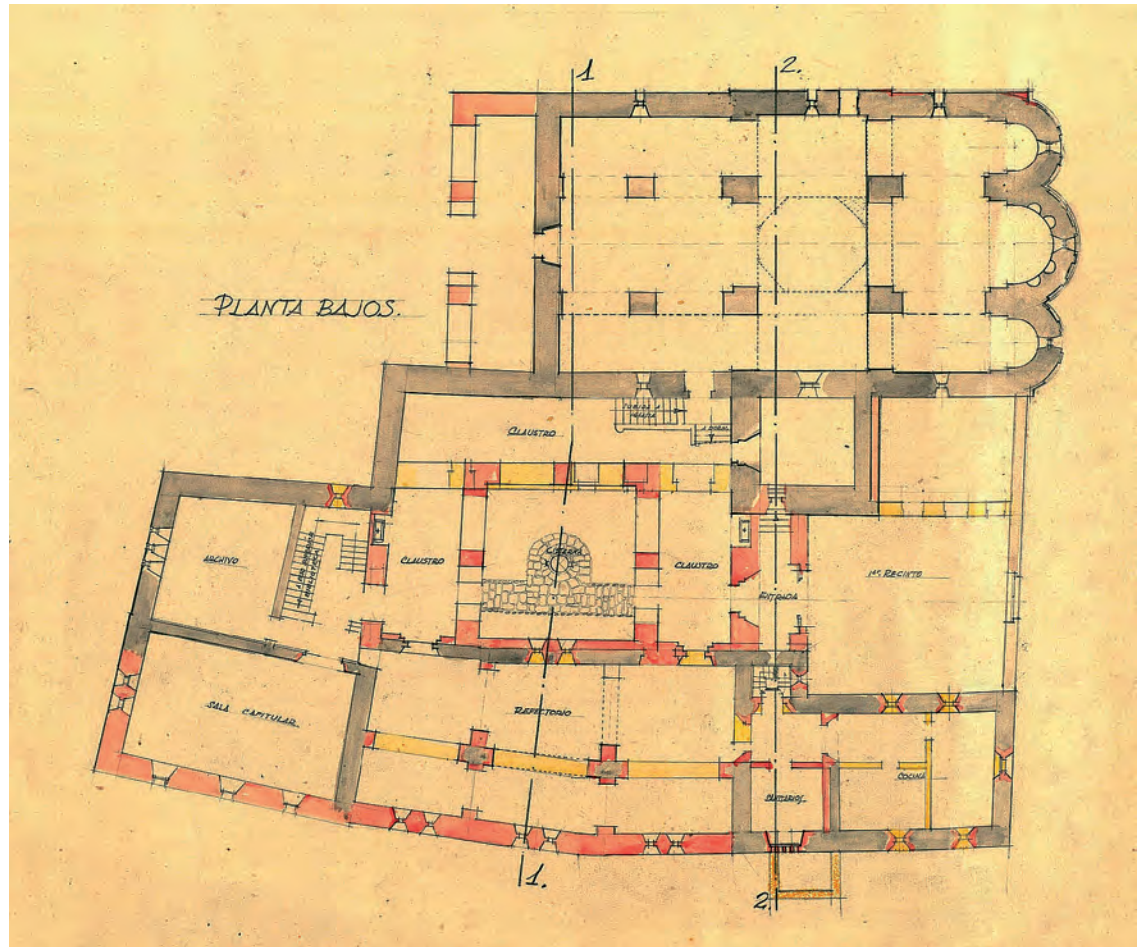
del Vallès. Parece claro que la intención de Sant Cugat era incorporar las iglesias y sus "*servientes*" a su estructura, en calidad de filial o priorato.

Las vicisitudes que sufrió el monasterio de Sant Cugat a fines del siglo X, cuando fue saqueado e incendiado, tal como ha constatado la exploración arqueológica, dieron al traste con esas intenciones, y el pretendido priorato de Sant Llorenç no fructificó. Después de este intento fallido de implantación de una comunidad monástica en las iglesias de Sant Llorenç, la definitiva fundación del monasterio se produce en el año 1013, cuando los condes de Barcelona Ramon Borrell y Ermessenda compran a Sant Cugat las iglesias de Sant Llorenç, que, el año siguiente, el 10 de agosto de 1014, reciben una importante donación condal, que establece el inicio del monasterio de Sant Llorenç como abadía independiente, dirigida por Borrell, su primer abad.

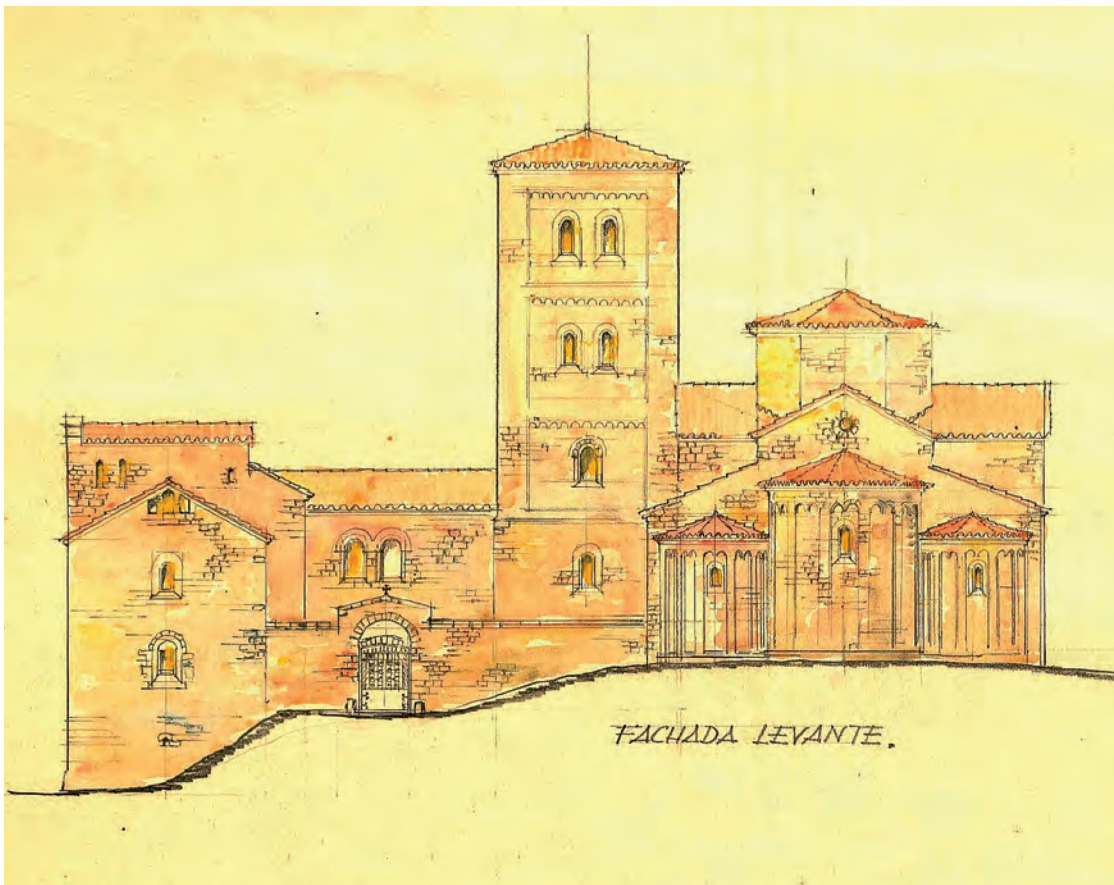
A partir de este momento, el monasterio de Sant Llorenç del Munt conoce una etapa de prosperidad, especialmente

Cabecera

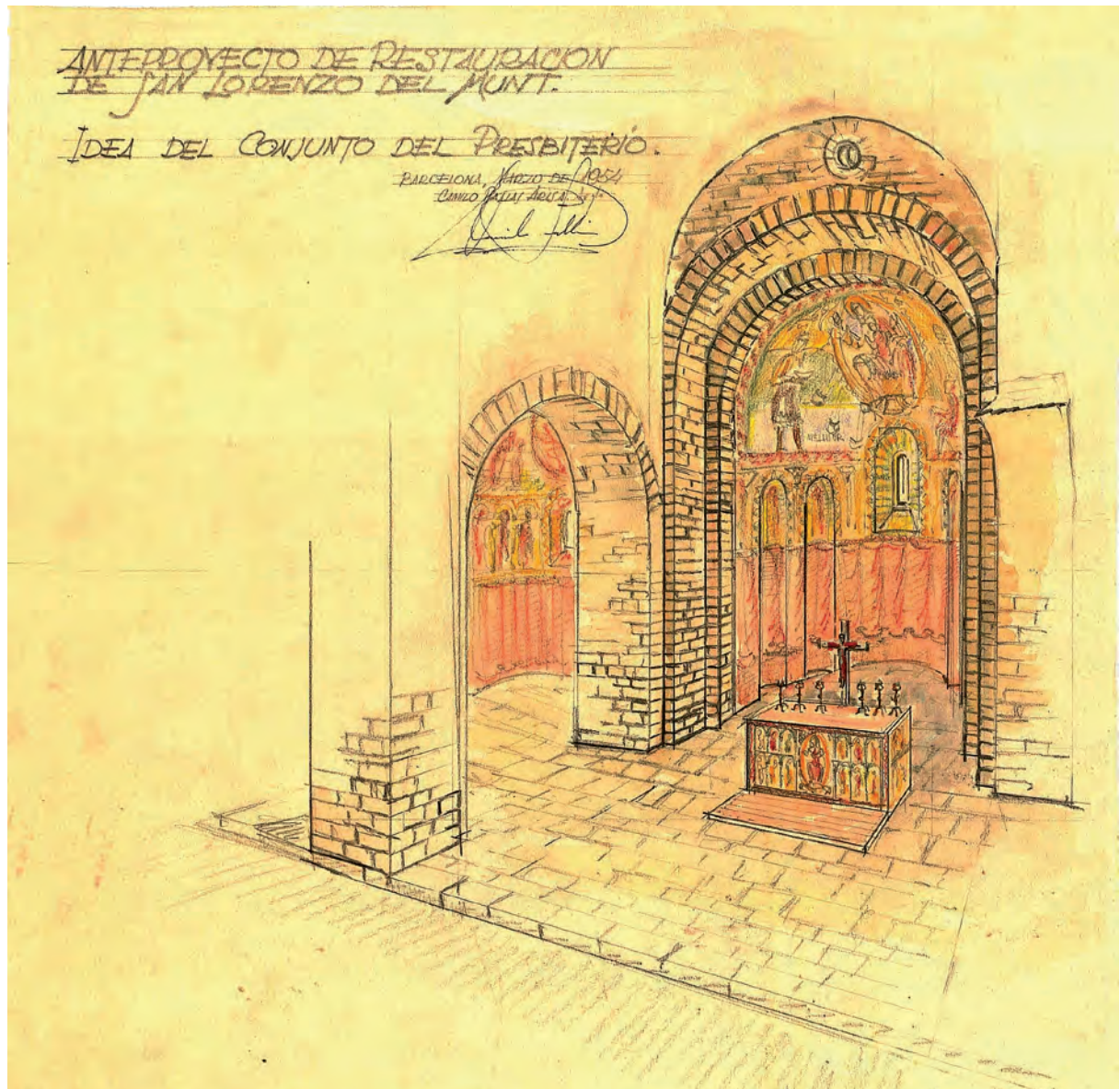




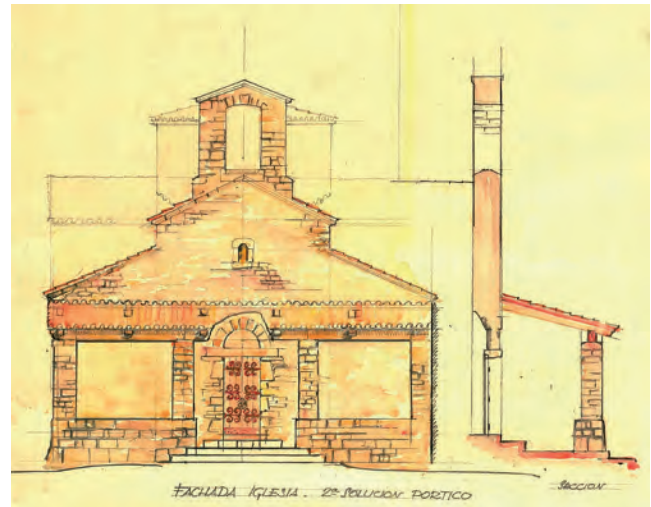
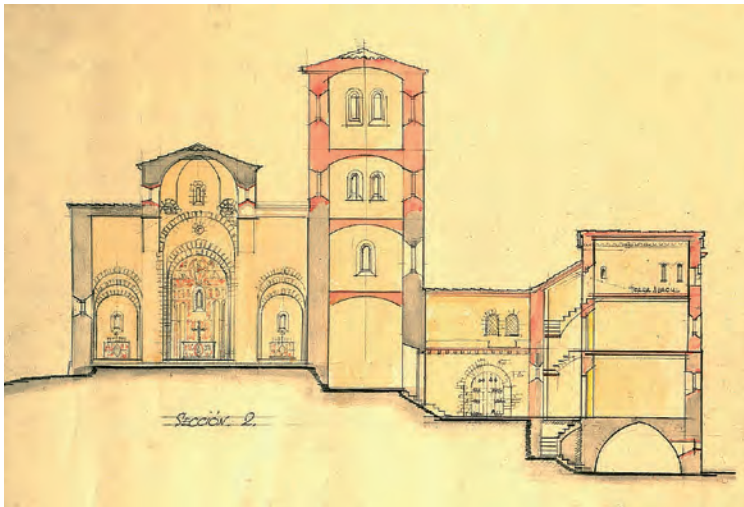
Anteproyecto de restauración de 1954.
 Dibujos de Camil Pallàs i Arisa
 (Servei de Patrimoni Arquitectònic,
 Diputació de Barcelona)

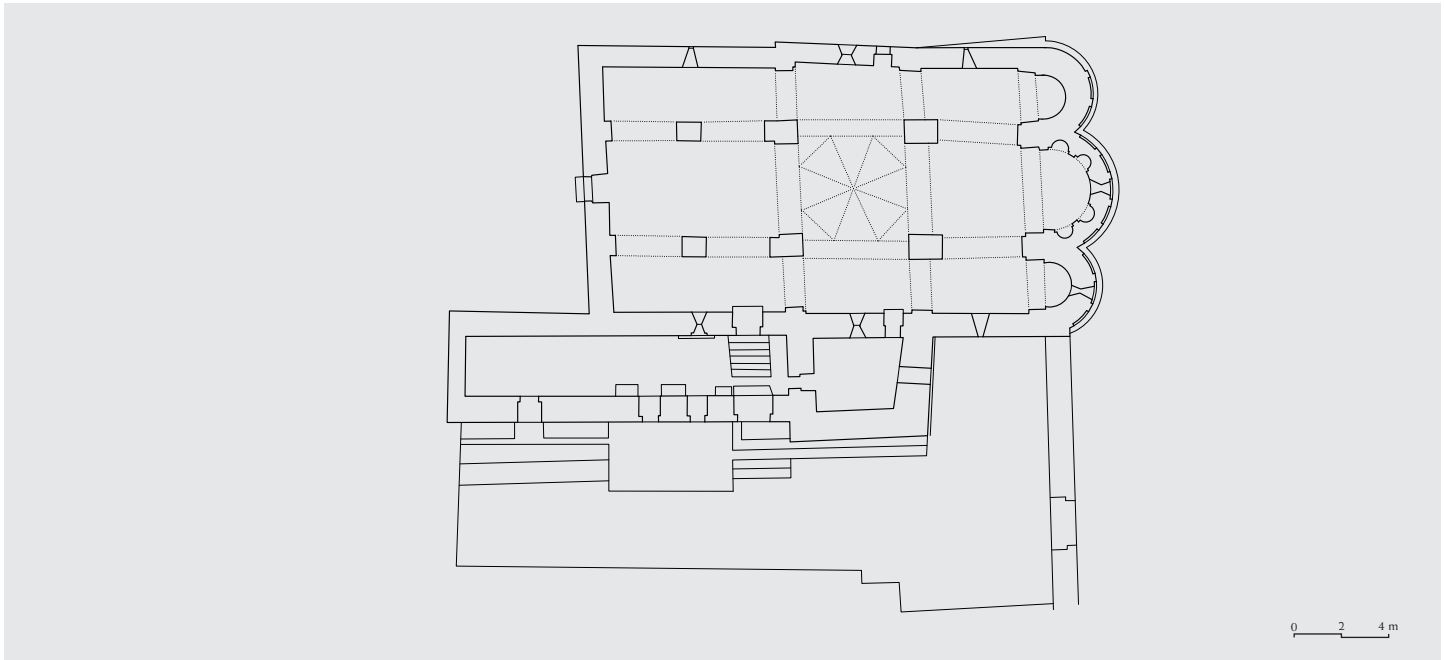


Anteproyecto de restauración de 1954.
Dibujos de Camil Pallàs i Arisa
(Servei de Patrimoni Arquitectònic.
Diputació de Barcelona)

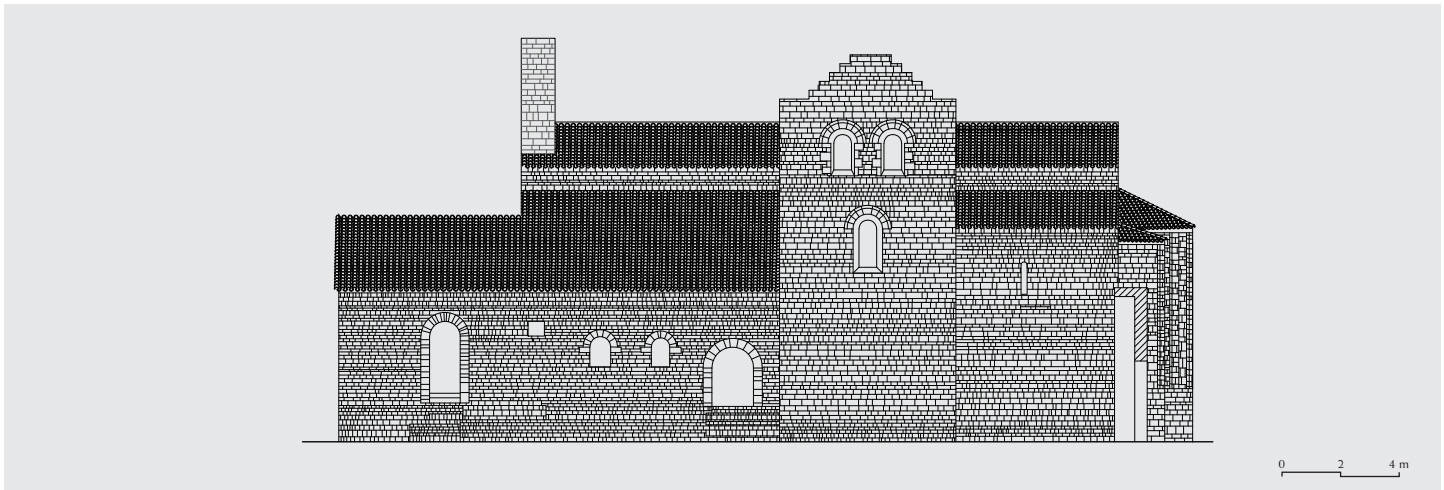


Anteproyecto de restauración de 1954.
Dibujos de Camil Pallàs i Arisa (Servei de Patrimoni Arquitectònic, Diputació de Barcelona)

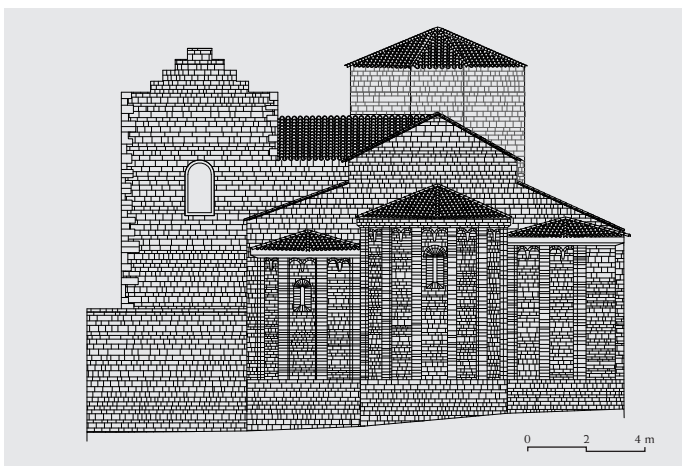




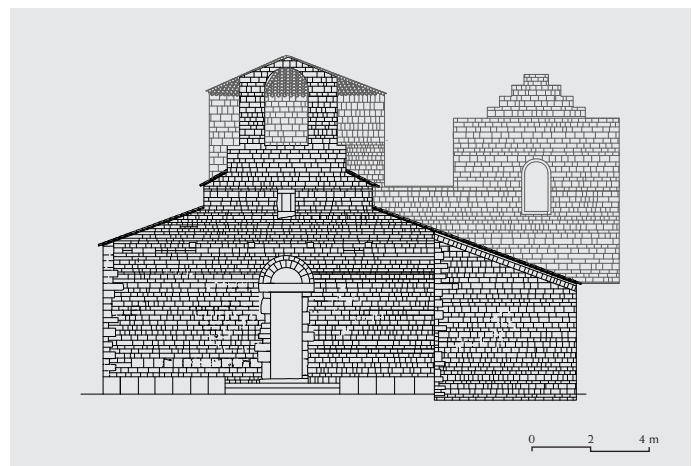
Planta



Alzado sur



Alzado este



Alzado oeste



Interior



Detalle del ábside y nichos absidales

intensa entre 1020 y 1071, durante los períodos de gobierno del abad Odeguer. Es en este momento cuando se construyen las partes esenciales del monasterio que han llegado hasta nosotros, en especial, su iglesia.

El día 24 de junio del año 1064 es consagrada la iglesia, lo que marca el cénit de la institución, que disponía de una comunidad formada por un abad y trece monjes, y había fundado un priorato en Santa Maria de la Llacuna, en una zona de la frontera sur del condado de Barcelona.

A partir de la muerte del abad Odeguer en 1071, sin duda el gran artífice del monasterio de El Munt, la casa entra en un proceso de estancamiento, y posterior decadencia. En 1088 el monasterio es sometido a la abadía languedociana de Saint-Pons-de-Thomières, de la que se separa en 1095, para quedar definitivamente unido al monasterio de Sant Cugat del Vallès a partir del año 1098, a pesar de conservar la dignidad abacial hasta 1608, cuando muere el último abad, Francesc Olivó d'Alvèrnia, y la casa es unida al colegio-seminario de benedictinos de la Congregación Claustral Tarraconense. A partir de este momento las noticias que tenemos del cenobio hablan de un proceso de decadencia y abandono, con un único monje como simple guarda, hasta 1804, en que se extingue el culto y la iglesia es saqueada y abandonada.

Entre 1868 y 1871, a instancias del rector de Sant Llorenç Savall, Antoni Vergés, se realizan los trabajos de restauración de la iglesia, y entre 1948-1950 se transforman las ruinosas dependencias monásticas en albergue-refugio, que fue remodelado a partir de 1988, cuando se efectúan trabajos arqueológicos sistemáticos en el conjunto conservado.

Los diferentes procesos de restauración y reforma llevados a cabo en el monasterio de Sant Llorenç del Munt en 1871, 1950 y más recientemente, en 1990, han adaptado lo que parece haber sido el conjunto de los edificios monásticos en un albergue para los esforzados caminantes que suben hasta la cima de La Mola, de forma que del conjunto edilicio construido en la segunda mitad del siglo XI solo se conserva reconocible su iglesia, el nártex, o galilea, y el romo campanario, adosados a su fachada sur.

De los edificios que, sin duda, existieron en la cúspide de La Mola antes de las construcciones de la segunda mitad del siglo XI, actualmente no quedan más vestigios que el zócalo del muro norte de la galilea, al oeste de la fachada de la iglesia, que podría pertenecer a la iglesia anterior al siglo XI, la cual se habría construido al este de su predecesora. El hecho de que toda la mitad oeste de la iglesia tenga no solo el pavimento recortado en el substrato rocoso, sino que la parte

baja de los muros esté formada por la propia roca recortada, descartan la posibilidad de verificar, arqueológicamente, esta hipótesis.

A pesar de esta evidencia, las excavaciones arqueológicas efectuadas por la Diputación de Barcelona entre 1988 y 1990 han permitido, no obstante, constatar la ocupación humana de la cima de La Mola en época ibérica, romana y altomedieval, por el hallazgo de materiales cerámicos y la presencia de enterramientos de tipo antropomorfo, anteriores a la iglesia del siglo XI, entre los enterramientos de los siglos XI y XII, situados al norte de la iglesia actual.

La iglesia de Sant Llorenç que ha llegado hasta nosotros puede considerarse como un ejemplo paradigmático de lo que fue la arquitectura catalana del siglo XI, adaptada a los planteamientos estéticos y constructivos de la arquitectura que hemos llamado lombarda, o del primer arte románico, según la definición de Josep Puig i Cadafalch.

Personalmente, me he resistido siempre a pensar en que la preponderancia de las formas lombardas en la arquitectura catalana del siglo XI fuera debida a una inmigración masiva de arquitectos, constructores procedentes del norte de Italia, sino que pienso que se produjo, efectivamente, una contratación selecta de técnicos transalpinos, por parte de los magnates (condes, nobles, obispos y abades) de los condados catalanes, que aportaron un sistema estético y tecnológico vinculado a una nueva organización social-laboral de la actividad constructiva, que la hacía mucho más rápida y eficaz, con unos resultados plenamente satisfactorios. Este sistema estético y constructivo, en suma, arquitectónico, "importado" en el primer cuarto del siglo XI, con diferentes variedades estilísticas y formales, es rápidamente asimilado por el conjunto de los constructores activos en los condados catalanes, y se impone totalmente a partir del segundo cuarto del siglo, a pesar de algunos notables fenómenos de "resistencia estética", pero podemos considerar que se convierte en el "estilo" hegemónico en la segunda mitad del siglo XI.

Es en ese momento cuando se construye la iglesia del monasterio de El Munt, totalmente fiel a los principios estéticos y constructivos del estilo de su época.

La iglesia de Sant Llorenç del Munt es un edificio de planta basilical con transepto, de tres naves rematadas a levante por ábsides semicirculares que se abren a sus naves respectivas a través de estrechos arcos presbiterales.

Las naves se cubren con bóvedas de cañón, semicirculares, como los arcos formeros que separan las naves, sin arcos fajones de refuerzo, salvo en el encuentro de las naves con el transepto. Este se sitúa casi en el centro de las naves, no en su extremo este, precediendo los ábsides, como es la solución habitual en este tipo de basílicas. El hecho de que la mitad oeste de las naves disponga de dos arcos formeros, soportados por un pilar rectangular, mientras que el tramo de la mitad este disponga de un único arco sin pilares intermedios, produce la falsa sensación de que la mitad oeste de la iglesia es más larga que la mitad este, lo que altera la concepción

de la planta de cruz griega de la que parte la estructura de la iglesia.

Esta partición del espacio eclesial en dos mitades, a partir del transepto, permite reflexionar sobre la implantación de los coros monásticos en las iglesias del siglo XI. En el caso de Sant Llorenç, parece claro que la mitad este de la iglesia estaría destinada a los monjes, mientras que la mitad oeste formaría la nave, propiamente dicha. Esta es una solución eficaz y mucho más sencilla que los monumentales coros presbiteriales de Sant Vicenç de Cardona o de la catedral de Sant Pere de Vic, elevados sobre una cripta, o de Sant Pere de Casserres, donde, en el siglo XII, se implantó un coro cerrado en el tramo este de la nave central. La ocupación de los tramos orientales de la nave central para implantar un coro es un fenómeno plenamente constatado en la iglesia del monasterio ribagorzano de Santa María de Alaón, y puede ser la motivación de las diferencias en los soportes de iglesias, como sucede en la del monasterio de Sant Pere de Rodes, en el Empordà, o en las curiosas particiones centrales al estilo del transepto de Sant Llorenç, como sucede en la iglesia alta del monasterio de Sant Martí del Canigó.

En el crucero de la nave central, con el transepto, se dispone una cúpula de husos, sobre una planta octogonal generada a partir del crucero cuadrado por trompas esquineras, con bóvedas cónicas, que permiten el paso de la planta cuadrada a la octogonal, en una solución muy característica de la arquitectura de su tiempo.

Como toda iglesia monástica, la iglesia de El Munt dispone de tres puertas, más una cuarta de acceso al campanario. Las que podemos considerar como principales, situadas en las fachadas sur y oeste, presentan una abertura rectangular, con arco de descarga, extradado por un guardapolvo y tímpano liso, sin decorar. La puerta oeste presenta una proporción extremadamente esbelta por su estrechez, mientras que la de la fachada sur, que se abre a la galilea con la misma solución constructiva y una anchura mayor, tiene una proporción más equilibrada, lo que unido a la estrechez del espacio de la galilea y la presencia de la escalinata que salva el desnivel entre esta y la iglesia, le confieren un aspecto más monumental dentro de su rigurosa austeridad.

Otras dos puertas, de tipología diferente, abiertas con arco de medio punto extradado, se abren en los testeros del transepto; la del Norte, da acceso a la necrópolis, que se ha identificado en ese ámbito, mientras que la del Sur, da acceso al campanario. En este punto se plantea una incoherencia en la distribución de las aberturas de la iglesia, pues junto a esta puerta se abre una ventana de doble derrame, simétrica a la que hay en el testero norte del transepto, que queda cegada por la obra del campanario.

En el centro de las cuencas absidales se abren ventanas de doble derrame, salvo en el ábside norte, que es completamente ciego, pero no podemos descartar que esta circunstancia anómala sea debida a los procesos de restauración sufridos por el edificio entre el siglo XIX y mediados del siglo XX, que

se hacen evidentes en la fachada de este ábside, en el que se observa una deficiente unión con el muro norte, y que la decoración mural es incompleta justo en la esquina nordeste.

Como la mayoría de las iglesias de su época y estilo, el interior de la iglesia de Sant Llorenç es totalmente huérfano de ornamentación, más allá de las pequeñas impostas constructivas de los arcos del crucero de la nave central. Solo el ábside central presenta una decoración parietal formada por cuatro nichos, de forma absidial, dos de los cuales conservan la losa que podemos interpretar como banco o mesa.

Estos nichos absidiales son muy comunes en las iglesias catalanas del siglo XI, y donde se encuentran mejor resueltos es en la iglesia de la canónica de Sant Vicenç de Cardona. Por lo general, los nichos absidiales forman grupos impares con la ventana central en uno de ellos, y una distribución simétrica a cada lado, por lo que la solución de Sant Llorenç debe considerarse una excepción a la norma, que solo se repite entre los edificios del siglo XI conservados en Cataluña como la iglesia parroquial de Sant Martí Sescorts, en Osona, consagrada en el año 1068.

Actualmente, como en tantos otros edificios del siglo XI "restaurados", los muros de la iglesia presentan los paramentos desnudos, y muestran el característico aparejo de sillarejo de los constructores catalanes del siglo XI. Pero en fotografías de principios del siglo XX se puede observar que parte de los muros de la iglesia conservaban un enlucido de mortero de cal que, con toda probabilidad, se ajusta más al acabado que le dieron sus constructores. No podemos saber, con la información disponible, si el templo habría recibido algún tipo de decoración pictórica, como se hizo frecuente, a partir del fin del siglo XI, en los templos de los condados catalanes.

La austera desnudez del interior se manifiesta también en el exterior de la iglesia, donde las fachadas están ausentes de decoración, y la composición exterior se limita a una muy ordenada composición de los volúmenes arquitectónicos. Solo en los cilindros absidiales se desarrolla una decoración parietal, consistente en los característicos motivos lombardos del friso de arquillos bajo el alero, agrupados en series de dos entre las antas o lesenas. En el ábside norte, como ya se ha dicho, esta decoración está muy alterada en el ángulo nordeste.

El campanario es una torre prismática adosada al testero sur del transepto y actualmente consta de dos pisos, por lo que no destaca de la altura de la iglesia. Su actual remate, con hastiales escalonados, corresponde a los procesos de restauración. Presenta ventanas de derrame recto en el primer piso, con una composición doble de ventanas en la fachada sur. Su estructura y construcción se corresponden plenamente con la de los grandes campanarios de torre, construidos a partir del siglo XI, como los de la catedral de Sant Pere de Vic, del monasterio de Sant Miquel de Cuixà, o la catedral de Santa Maria de Girona, entre muchos otros. Con toda probabilidad, los pisos superiores, no construidos, deberían disponer de ventanas ajimezadas, bíforas o triforas, y los paramentos decorados con los clásicos motivos lombardos.



Cúpula

El campanario de Sant Llorenç del Munt, claramente construido dentro del siglo XI, y su relación con la iglesia permiten plantear una reflexión sobre los procesos constructivos y la gestión de las obras monumentales en los condados catalanes durante el siglo XI.

No hay duda que la iglesia fue construida antes del campanario, y que su constructor ya tenía presente que, en ese punto, había proyectado un edificio adosado, para el que dispone la puerta de la fachada sur del transepto, junto a la que hay una ventana de doble derrame, que se convierte en inútil cuando se construye el campanario. A pesar de esa inutilidad, el arquitecto mantiene el rigor compositivo de la simetría estricta en la composición de los vanos de la iglesia. El campanario se levanta inmediatamente después, pero por un equipo diferente de constructores, tal como se aprecia por las diferencias tecnológicas entre ambos edificios. Un fenómeno idéntico lo pudimos constatar durante la restauración del monasterio de Sant Pere de Casserres, en Osona, donde se pone de manifiesto que, en estas grandes obras de la mitad del siglo XI, existe un proyecto general, una "traza", de todo el conjunto, pero su ejecución se contrata por partes, a diferentes equipos de constructores, poco coordinados entre sí, y que procuran resolver "su" edificio de la forma más autónoma y compacta posible, sin considerar todas las interacciones



Interior de la galilea

entre las partes, que dan lugar a incoherencias como la de la ventana del transepto sur de Sant Llorenç.

La no conclusión del campanario proyectado obligó, en un momento no precisado, la construcción de un sencillo campanario de espadaña, de un solo ojo, sobre el hastial de la fachada oeste, donde se abre la puerta al exterior de la iglesia. Sobre esta misma puerta se pueden ver cuatro canecillos destinados, sin duda, a soportar la estructura de envigado de la cubierta de un pórtico, o galilea, de protección de la puerta, que no parece que llegara a construirse.

El atrio, o galilea sí se construyó, probablemente durante el siglo XII o XIII, a juzgar por el arco apuntado del capialzado de su puerta, adosada a la fachada sur de la iglesia y al campanario. Se cubre con bóveda de cañón de cuarto de círculo, y su espacio interior queda muy disminuido por la presencia de la escalera que salva el desnivel entre el patio delantero a la galilea y el nivel de la iglesia.

El uso funerario del espacio de la galilea queda patente por la implantación de diferentes osarios, anicónicos, uno de ellos en un arcosolio abierto en el muro meridional de iglesia. Aparte de la galilea, no se conservan en un estado reconocible otras dependencias del monasterio de El Munt, que, sin duda, ocuparían el ámbito del actual albergue y que las sucesivas remodelaciones han desfigurado totalmente. Las excavaciones arqueológicas de la Diputació de Barcelona de 1988-1990 han permitido identificar estructuras que, tal vez, podrían pertenecer a las dependencias monacales del siglo XI, pero no permiten aventurar hipótesis sobre su realidad arquitectónica.

Las fuentes documentales nos brindan alguna información sobre el conjunto de dependencias monásticas, que siempre fueron estrechas, pequeñas e insuficientes ...*defectum domorum...*, sobre todo, en relación con la iglesia. Así, en 1235, el abad Pere d'Amenys ordena que se guarde silencio en la iglesia, el dormitorio y el refectorio, pero se podrá hablar en los otros sitios de la casa, por su estrechez, que obliga a los monjes a estar siempre juntos.

En 1298 se habla de otras dependencias como la enfermería, o la *officina*, que tenía la cubierta en muy mal estado. En 1418 se hace mención del ...*claustrum...*, en singular, y no podemos saber si esta expresión se refiere al espacio de unos claustros, de los que parece, no estuvo dotado el monasterio, o a la galilea, concebido como la única, y especial, galería de un espacio claustral inexistente.

Texto: JAAG - Fotos: JAOM - Planos: AAF

Bibliografía

CATALUNYA ROMÀNICA, 1984-1998, XVIII, pp. 117-125; JUNYENT I SUBIRÀ, E., 1960-1961, I, pp. 150-154; PLADEVALL I FONT, A. y ADELL I GISBERT, J. A., 1980; PUIG I CADAFALCH, J., FALGUERA, A. de y GODAY, J., 1909-1918 (1983, 2001), II, pp. 214-220; ROGENT I AMAT, E., 1901; VERGÉS I MIRASSÓ, A., 1871.